



Cuadernos del CILHA n 42 – 2025 | publicación continua

ISSN 1515-6125 | EISSN 1852-9615

<https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/cilha>

CC BY-NC 4.0 international

Recibido: 13/03/25 - Aprobado: 23/04/25 | pp. 1 - 20

 <https://doi.org/10.48162/rev.34.108>

Poética del desgarro: maternidad, abyección y precariedad en la poesía de María Auxiliadora Álvarez

Poetics of Tearing: Motherhood, Abjection and Precariousness in the Poetry of María Auxiliadora Álvarez

Elena Gil González

 <https://orcid.org/0009-0004-9456-0865>

Universidad Autónoma de Madrid

 elena.gilgon@gmail.com

España

Resumen: Este trabajo propone el análisis de varios poemas presentes en la obra *Cuerpo* (1993) de la poeta venezolana María Auxiliadora Álvarez. Con una lectura crítica de algunos de los poemas, se exploran las conexiones entre maternidad, precariedad y dolor, desafiando el imaginario hegemónico que controla el relato de la experiencia materna. Este *corpus* emplea la vulnerabilidad, la violencia y la imagen del desgarro para actualizar dicho imaginario mediante una experiencia de la maternidad vivida como la condena a ser cuerpo, un cuerpo transformado, dolido y mutilado. En este análisis nos centraremos en la representación poética de la vulnerabilidad y del trauma corporal, las distintas violencias que atraviesan al cuerpo materno y la vivencia de estas desde el espacio de la precariedad. Con los estudios de Kristeva, analizaremos la naturaleza de un cuerpo cuyos límites quedan indeterminados en su condición abyecta. Desde las nociones de biopolítica y precariedad, indagaremos en la representación de la subalternidad y vulnerabilidad que permiten pensar el cuerpo como un lugar de apertura, afectos y dolor. Además, profundizaré en la relación entre corporalidad y escritura, ya que el dolor también sacude el lenguaje mediante estrategias poéticas que expresan la herida y el desgarro.

Palabras clave: María Auxiliadora Álvarez, maternidad, cuerpo, escritura, abyección

Abstract: This paper proposes the analysis of several poems present in the book *Cuerpo* (1993) by the Venezuelan poet María Auxiliadora Álvarez. Through a critical reading of some of the poems, the connections between maternity, precariousness and pain are explored, challenging the hegemonic imaginary that controls the narrative of the maternal experience. This *corpus* employs vulnerability, violence and the image of tearing to actualize that imaginary through an experience of motherhood lived as the condemnation of being a body, a transformed, hurting and mutilated body. In this analysis we will focus on the poetic representation of vulnerability and bodily trauma, the different violences that cross the maternal body and the experience of these from the space of precariousness. With Kristeva's studies, we will analyze the nature of a body whose limits remain indeterminate in its abject condition. From the notions of biopolitics and precarity, we will inquire into the representation of subalternity and vulnerability that allow us to think of the body as a place of openness, affects and pain. In addition, I will



delve into the relationship between corporeality and writing, since pain also shakes the language through poetic strategies that express the wound and the tear.

Keywords: María Auxiliadora Álvarez, motherhood, body, writing, abjection

Introducción

En 2018, Maite Garbayo-Maeztu publicó un artículo titulado “Maternidad, arte y precariedad: estrategias desde la vulnerabilidad”. En él, la autora propone pararse a pensar en aquellas subjetividades que, atravesadas por la precariedad, hacen de su vulnerabilidad y afectación un espacio productivo en términos estéticos, éticos y políticos. Más concretamente, plantea la maternidad precaria como un estado de afectación, cuya posición desprotegida, insegura y vulnerable posibilita un lugar de producción y enunciación política. A través de unas poéticas muy específicas, María Auxiliadora Álvarez se sumerge en un abismo que muestra, desde los recovecos más dolientes y desgarrados, las consecuencias corporales de la maternidad y el cúmulo de violencias que impactan en el devenir madre.

María Auxiliadora Álvarez, nacida en Caracas en 1956, publicó su primer poemario bajo el título de *Cuerpo* (1985), el cual obtuvo el Premio Fundarte de Poesía en 1990. En el prólogo del poemario, Luis Alberto Crespo señala el protagonismo de la autora durante los talleres de narrativa y poesía del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Ya en el comienzo advierte el proceso de exposición de su escritura en los talleres cada jueves:

María Auxiliadora Álvarez fue elaborando su escritura de mujer expuesta a la vejación en unas cuartillas que atesoraba con excesivo celo o quizá con terror a ser sorprendida en su solitaria labor de desmantelamiento esencial [...]. Días después, la muchacha comenzó a sentir confianza. Comprendió que podía revelarnos su singular experiencia y se atrevió a leernos algunos de sus textos, enterrados en su carpeta, como si se desnudara ante nosotros, para mostrarnos las rajaduras interiores de su cuerpo (Álvarez, 1993, p. 7).

La escritura del cuerpo se ha posicionado como uno de los aspectos de mayor interés para los estudios de género, el feminismo y sus relaciones artísticas. En el seno de las producciones literarias hispánicas más recientes, se han desarrollado nuevos puntos de mira sobre las maternidades y nuevas poéticas del cuerpo gestante. Como resultado de la necesaria atención a la experiencia del cuerpo, han salido a la luz diversas antologías y artículos que han abordado las voces femeninas cuyas obras dan representación al poder de la escritura para representar las maternidades. Sin embargo, gran parte de esta producción se ha centrado en voces peninsulares o voces hispanoamericanas ya consolidadas dentro del canon literario¹. En dicha producción apenas se puede encontrar a María Auxiliadora Álvarez entre la nómina de las antologías y trabajos de los últimos

¹ Pensamos, por ejemplo, en la antología *El poder del cuerpo* (2009), la más reciente titulada Maternidad (2024), o los trabajos de Luciana di Leone (2017) y Sergio Fernández Martínez (2024).



veinte años. Del mismo modo, el interés sobre el vínculo entre cuerpo y maternidad ha ignorado en cierta medida la posición del cuerpo gestante en su intersección con las categorías de clase y raza, de manera que los imaginarios manejados no terminan de inaugurar otras formas posibles de narrar la maternidad.

Por ello, tomando *Cuerpo* (1993)² como *corpus* de análisis textual, reivindicamos la poesía de la escritora venezolana como desvelamiento de un núcleo reproductor de luchas propiamente corpóreas, políticas, de género y en el que la precariedad y la clase configuran otra forma de pensar la maternidad. Pero también permite una lectura que, al anular la dimensión placentera y el gozo materno, propone una experiencia doliente, sangrante y fracturada del cuerpo gestante. Con los estudios de Kristeva, analizaremos la naturaleza de un cuerpo cuyos límites quedan indeterminados en su condición abyecta y desgarrada. Por último, desde las nociones de biopolítica y precariedad, indagaremos en la representación de la subalternidad y vulnerabilidad que permiten pensar el cuerpo como un lugar de apertura, afectos y dolor, y como una expresión de un lenguaje que grita y balbucea todo su desgarro.

Imaginarios para representar la maternidad

Sin duda, entre las transformaciones más relevantes de las sociedades occidentales a lo largo de la segunda mitad del siglo XX se encuentran los cambios en las condiciones de la reproducción, la gestación y el nacimiento (Bogino Larambebere, 2020). Con el avance feminista, los significados y la representación de la práctica de la maternidad y la familia se ven igualmente alteradas, por lo que surgen nuevas posibilidades de pensar y enfrentar la experiencia reproductiva. Partimos en este trabajo de la consideración de la maternidad como una construcción social y cultural tejida históricamente entre los hilos de una ideología, un discurso y unas prácticas sociales que han fortalecido relaciones de género desiguales. Al tratarse de una construcción cultural organizada por una serie de significaciones y normas relacionales a cada época de la historia, la maternidad constituye también un imaginario productor de sentido que determina la posición de las mujeres en la sociedad.³ Así lo explica Palomar Verea (2004):

Afirmamos que el proceso de construcción social de la maternidad supone la generación de una serie de mandatos relativos al ejercicio de la maternidad encarnados en los sujetos y en las instituciones, y reproducidos en los discursos, las imágenes y las representaciones, que producen, de esta manera,

² Aunque la fecha de edición del primer poemario *Cuerpo* es de 1985, en este artículo empleamos la obra de 1993 en la editorial Fundarte, que recopila *Cuerpo* (1985) y *Ca(z)a* (1990) con el prólogo de Luis Alberto Crespo.

³ La idea de que la maternidad no es un hecho natural ya se encuentra en *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir. En este trabajo no pretendemos mostrar una genealogía de los estudios sobre maternidades, que excedería la extensión del artículo, sino tratar de pensar la maternidad desde los estudios feministas como un órgano más del sistema de género. Por una parte, la maternidad es una experiencia subjetiva, pero se trata también de una práctica cuya carga simbólica puede actualizarse y reformularse para interrogar viejas expresiones de esta o también producir nuevas formas de adoptarla y representarla.

un complejo imaginario maternal basado en una idea esencialista respecto a la práctica de la maternidad. Como todos los esencialismos, dicho imaginario es transhistórico y transcultural, y se conecta con argumentos biologicistas y mitológicos. De aquí es de donde se desprende la producción de estereotipos, de juicios y de calificativos que se dirigen a aquellas mujeres que tienen hijas o hijos y que éstas mismas se autoaplican (p. 16).

A través del término gramsciano, se considera que el imaginario está encabezado por una “maternidad hegemónica” (Bogino Larrambeber, 2020), que coloca a la maternidad biológica como ideal en su vinculación con la institución del matrimonio heteronormativo. Podríamos quedarnos en esa definición, pero consideramos que existe todo un entramado simbólico que disciplina a los cuerpos de las mujeres, su actitud, deseo y memoria en torno a la vivencia de la maternidad. En primer lugar, la maternidad hegemónica pasa por una ausencia de reflexión y cuestionamiento acerca de los factores que la motivan, se sobreentiende el deseo de vivirla como si formara parte de su ser. De hecho, a la hora de profundizar en el imaginario sobre la madre, de manera general, se ha hablado de dos elementos que han contribuido a la mitificación de la maternidad como ideal de género: el instinto materno y el amor maternal (Palomar Verea, 2005, p. 36). Es decir, madre es aquella que muestra estar, de manera irracional, predisposta y asume positivamente su rol; aquella que se sacrifica y se entrega a los hijos y a los cuidados con absoluta paciencia, tolerancia, cariño, generosidad, capacidad de consuelo, capacidad de sanar, de cuidar, de atender, de escuchar y de proteger (Palomar Verea, 2004, p. 16); aquella que solo puede sentirse realizada mediante el proyecto “fantástico” de la maternidad, que siempre había imaginado desde su niñez (Álvarez Mora, 2013, p. 235).

Entonces, la perspectiva dominante sobre la maternidad pasa por definirla desde la predisposición, la satisfacción y el deseo, pues la entrega de las mujeres a la maternidad parece ofrecer una dimensión gustosa y placentera. El modelo de madre, sacrificada, sensible y cuidadosa, permea también el imaginario colectivo de la feminidad y la construcción de “la subjetividad que conlleva valores y modelos que representan socialmente a las mujeres-madres dentro de las estructuras sociales y de poder” (Sánchez Rivera, 2016, p. 937). Concretamente en Occidente, tal y como desarrolla Kristeva (1987) el cristianismo consolidó el mito mariano, el cual ha restringido simbólicamente la maternidad a la pureza y la abnegación surgida de un amor divino, por lo que la narrativa occidental patriarcal ha dado lugar a una glorificación o divinización social de la maternidad, negando la posibilidad de cualquier aspecto oscuro o desventajoso.

Sin embargo, en la obra de María Auxiliadora Álvarez la maternidad no queda libre de contradicciones, ya que maternar se vuelve un verbo que descompone por completo el imaginario cultural hegemónico sobre el papel reproductivo de las mujeres. La poeta desactiva cualquier dimensión bella o satisfactoria de la maternidad; la Madre se vuelve una figura reproductiva alejada de cualquier mitología, pues, como señala Luis Alberto Crespo en la introducción al poemario, “la experiencia de la maternidad se tradujo en María Auxiliadora Álvarez en diario de reclusa y de condenada a ser cuerpo” (Álvarez, 1993, p. 7).



Mientras que un sentido de maternar mitificado implica vivir un orden simbólico, no real, idílico, edulcorado, que, por tanto, funciona mediante operaciones mentales y categorías imaginarias hiperabstractas, la poesía de *Cuerpo* (1993) propone una maternidad corporeizada, un orden que cae desde el mito mariano y aterriza en las entrañas del sujeto materno. El cuerpo es un espacio, el gran *locus* de su poética: el cuerpo como contenedor del trauma, el dolor, el desgarro, los fluidos, la carne y la escritura.

No solo eso, sino que estos poemas hacen visible el trabajo femenino reproductivo, cuya existencia posibilita la vida en cualquier sociedad, por parte de cuerpos excéntricos y periféricos. La vinculación entre maternidad y alteridad no solo es producto de un nuevo imaginario sobre el dolor y la fragmentación del cuerpo, sino que María Auxiliadora Álvarez consigue en su poemario modificar el encuadre de las imágenes para desvelar otra visión, otra voz y otra sensibilidad. Y al hacerlo, de pronto la violencia se impone como realidad insoportable en la intersección entre las relaciones de clase y de género, pues el cuerpo gestante es también contenedor de la desigualdad social inherente a las sociedades capitalistas y patriarcales. Hay una complejidad mayor en la posición de aquellas subjetividades maternas cuyo origen social parece incompatible con un acceso legítimo a la sanidad. La maternidad, entonces, surge como un espacio corporeizado y precarizado que desmorona el andamiaje cultural e ideológico del trabajo reproductivo y cuestiona la invisibilidad de la condición subalterna de los cuerpos que han maternado.

Escribir la herida: maternidad, cuerpo y abyección

El ejercicio poético en *Cuerpo* (1993) tiene lugar, en todo momento, a partir de la escritura del dolor. El poemario adquiere sentido cuando la maternidad acelera el desgaste físico del cuerpo gestante, que se enfrenta a su nueva condición de madre. En los poemas que comentaremos, encontramos una inmersión en la geografía de una corporalidad mutante y en completa metamorfosis debido al proceso de maternar, cuya transformación es trabajada mediante imágenes sobre el momento del parto y posparto. La escritura va a surgir de un impulso materializado en la carne, el desgarro, la sangre, las cavidades y la herida. En este espacio no va a existir, por tanto, una dulcificación que suavice el tiempo de enfrentamiento a un momento donde no se puede ignorar, como señalan Ángela de la Concha y Raquel Osborne, “el desgarrón, físico además de emocional, y de exasperación situacional que confluyen en el acto de parir” (2004, p. 150).

La representación poética del yo-madre funciona, entonces, como metonimia de un tiempo y espacio en los que la subjetividad no puede evitar de ninguna manera residir por completo en la corporalidad, es decir, esa “condena a ser cuerpo” (1993, p. 9). Según se sucede la experiencia materna, el parto exige una desolladura irremediable, una fractura imposible de evitar que amplía la agonía y permea toda la subjetividad del yo hasta calar en su lenguaje poético. Maternar consiste, así, en producir una subjetividad corporeizada, pero despiadadamente lastimada. Cuando parece que el cuerpo debe adquirir una capacitación para el cuidado de una nueva vida, se descubre que el trabajo reproductivo

no pasa en ningún momento por el cuidado de la madre. Dar vida supone la destrucción del propio cuerpo para seguir palpitando desde la lesión y desde la voz poética.

Como señala Sergio Fernández Martínez (2024), el cuerpo gestante es sobre todo un espacio problemático, disruptivo, mutable, sometido a numerosos cambios y roturas en su tolerancia al crecimiento de otro cuerpo en su interior. Simone de Beauvoir ya describió la gestación como un fenómeno extremadamente ambiguo:

[...] el embarazo es sobre todo un drama que se desarrolla en la mujer entre ella misma y ella misma; lo vive a un tiempo como un enriquecimiento y una mutilación; el feto es una parte de su cuerpo y es un parásito que la explota; lo posee y es poseída por él; resume todo el futuro y, al llevarlo, se siente inmensa como el mundo, pero esta misma riqueza la aniquila, tiene la impresión de no ser ya nada (2016, p. 648).

En concreto, lo que vemos en la poesía es esa disrupción o escisión corporal. Es decir, para ser dadora de vida, en el sujeto gestante se produce un desdoblamiento del cuerpo, se pone en peligro su continuidad (Kristeva, 1995, p. 360). En palabras de Laura Gutman, “hay algo que se fragmenta, que se desestructura para lograr el pasaje de ser uno a ser dos” (2015, p. 33). La gestación permite al cuerpo expandirse, dilatarse y, por tanto, abrirse, pero, en el proceso del parto, el desdoblamiento implica la marca del dolor y la mutilación; el cuerpo sufre, se inflama, se retuerce, sangra, babea, defeca o tose cuando se resquebraja, pues “una madre siempre está marcada por el dolor, sucumbe a él” (Kristeva, 1987, p. 215), hasta el punto de experimentar la existencia del hijo como puro sufrimiento. Es así como el yo poético asume el cuerpo sufriente en el trabajo reproductivo, no solamente a partir de un imaginario absolutamente descarnado, debilitado y perforado por el dolor, sino también de una voz y una palabra capaces de figurarlo, como experiencia límite física y poéticamente:

duele la boca
la lengua
conductos sanguíneos
saturados duelen
ingles muslos columna cadera la boca
estar contigo
 duele
se inflama
se llena una de agua
convulsiona
se contrae
se desgarra
[...]
una ama
se queda quieta
con descuadre de quijada



para siempre
 ojo brotado
 vigilante insomne para siempre
 la boca
 la lengua
 las células nerviosas
 la sutura cierra todo la abierto
 une pierna con pierna
 largo a largo dedo
 con
 dedo
 brazo (1993, p. 31).

El imaginario del cuerpo sufriente es un aspecto ampliamente estudiado en las obras poéticas y narrativas de muchas autoras latinoamericanas, en concreto las expresiones del dolor producidas por lo que Rita Segato considera el resultado de la violencia “en la cual domina la función instrumental [...] que tiene por objetivo apropiarse de lo ajeno” (2008, p. 85). Con la noción de biopolítica, Foucault explica dicha función instrumental que desempeñan diferentes prácticas destinadas al control de la vida y de los cuerpos en una sociedad. Proteger la vida implica incrementar la eficacia de los cuerpos, asegurar su productividad y consumirla dentro del ritmo que exige el sistema. El cuerpo entendido como medio atravesado por dispositivos biopolíticos lleva a pensar en su relación con el entorno y las condiciones materiales que lo traspasan. En este sentido, Judith Butler entiende que la vulnerabilidad es inherente a la existencia corpórea, especialmente cuando estamos expuestos a condiciones que amenazan la vida y nos convierten en cuerpos destruibles:

De algún modo, todos vivimos con esta particular vulnerabilidad, una vulnerabilidad ante el otro que es parte de la vida corporal, una vulnerabilidad ante esos súbitos accesos venidos de otra parte que no podemos prevenir. Sin embargo, esta vulnerabilidad se exacerba bajo ciertas condiciones sociales y políticas, especialmente cuando la violencia es una forma de vida y los medios de autodefensa son limitados (2006, p. 55).

A esta forma de vida, vulnerable, afectada y violentada, alude la autora cuando en este poema reúne los dolores que sufre su cuerpo, que termina por conformar un *continuum* somatizado y vulnerado. El contacto con el otro cuerpo, el del hijo, es un recuerdo permanente de dicha condición, del dolor de la piel, los órganos, los músculos y los huesos. En esa tensión entre dos cuerpos se inscriben los padecimientos que contiene la madre, cuyo cuerpo se presenta en el texto como un objeto de estudio que podemos observar y diseccionar, analizamos sus inflamaciones, las suturas y hasta el ritmo que lo convulsa. Se abre la carne para poner nombre a lo que duele, cómo duele y por qué duele. La aflicción es, de principio a fin, la experiencia que constituye el acto de maternar.

Si decimos que el cuerpo dador de vida solo puede existir a través de la fatiga y el dolor, es necesario hacerle hueco a otro aspecto que recorre todo este imaginario: la abyección. En la superación de una actitud sublimada, cuidadosa y tierna, los treinta y un poemas de *Cuerpo* (1993) ponen en funcionamiento un nuevo relato de la maternidad: el que expulsa todo lo que el cuerpo ha contenido nueve meses en unas horas; el que recorre las entrañas resquebrajadas de la madre. Es un relato que se huele, se toca y se saborea a través de quirófanos y jeringas, charcos de sangre y heces, estrías y varices, órganos y babas. Mediante imágenes poéticas que se remueven en lo abyecto, la maternidad se nombra a sí misma como una realidad corrosiva y contaminante, que lo consume y lo transforma todo en una alteridad nacida de la negación del gozo materno. Retomamos el sentido de lo abyecto que explica Julia Kristeva (2006) como lo terrible, lo indefinible e inhabitable; lo que ha sido designado como tal por su expulsión. La suciedad, la putrefacción y el cadáver forman parte del campo semántico de lo abyecto, que se sitúa en los límites del cuerpo, es decir, en todo lo que el cuerpo desprende, excreta o vomita:

De esos límites se desprende mi cuerpo como viviente. Esos desechos caen para que yo viva, hasta que, de perdida en perdida, ya nada me quede, y mi cuerpo caiga entero más allá del límite, *cadere-cadáver*. Si la basura significa el otro lado del límite, allí donde no soy y que me permite ser, el cadáver, el más repugnante de todos los desechos, es un límite que lo ha invadido todo (2006, p. 10).

Es interesante, entonces, el sentido que tiene el cuerpo gestante como un cuerpo que muere cuando nos detenemos en los versos del noveno poema: “mamá es un animal negro / manso / extenso / huele / a aguas estancadas [...] mamá es un animal quieto / amarrado / hinchado / habitual / muerto” (1993, p. 24); o en dos poemas más adelante leemos “me detengo / en el genital y el alimento / cada día / y recibo de ellos una vida / y una muerte [...] mientras juego con la basura / y los excrementos / de mi hija / a ella le enseño / la propiedad afectiva / de los dementes / y los mamíferos diarios / muertos en la cocina” (1993, p. 27). Después del desbordamiento y escisión, queda un reconocimiento de una muerte en vida; el parto enfrenta al cuerpo gestante con la nada, conduce a la contradicción de dar vida en la muerte, pues el cuerpo se vacía. Por ello, las imágenes manejadas rondan de forma constante el campo semántico de la muerte, pues nacer implica una mutilación irremediable, ya que la subjetividad materna se estanca para seguir palpitando en el otro; el cuerpo-madre muere para que el cuerpo-hija viva.

Si nos detenemos en el primer poema, ya se hace evidente que la expulsión del hijo no es más que la expulsión del propio cuerpo, sus fluidos y su sangre a través de la carne perforada. Especialmente interesantes resultan los procesos metafóricos que se establecen a la hora de hablar en el poema “1” (1993, p. 15) del “hijo carnícerο órgano semental”, ya que el campo semántico de la carnicería traslada lo materno a un espacio casi de pesadilla cercano al de un matadero: “omblijos colgantes / que pasan en fila / moscas muertas / masas de carne / ojos ladeados de perro” (1993, p. 16). El parto se transforma en un acto ferozmente grotesco y sangriento, que desmiembra y descuartiza



las cavidades internas de la madre. La escenificación de la sala de parto también responde al mismo sentido, de manera que el espacio se llena de instrumentos afilados y piezas de carne:

sala de parto
MOSAICOS RESES CUCHILLOS⁴
cocina que desuella sin anestesia porque su
dueño se lava con ella el órgano tibio por si
acaso cauteriza su conducto lácteo se ríe cere-
bral enjuaga sus nervios sensitivos duerme

lejos
de los colchones plásticos
amnióticos
sangrientos
de la hilera
panza bonete libro cuajar rajar sacar
el relleno
ordenar los mosaicos
coser (1993, p. 20).

Podríamos hablar incluso de un proceso de monstrificación, pues, de hecho, uno de los rasgos que atribuye la poeta venezolana a la condición materna es su progresiva animalización: "MOSAICOS RESES CUCHILLOS" (1993, p. 20); "salimos al pasillo / ubres aún inútiles / cerdas tranquilas" (1993, p. 21); "yegua abierta blanca me arrastro" (1993, p. 35); "nos marcaba el lomo / con sus iniciales [...] / en la exactitud de ganado" (1993, p. 43). A través de este recurso, se produce una analogía entre el cuerpo materno y los animales ganaderos: ambos cautivos y domesticados para producir alimento, reducibles a trozos y órganos, valorados únicamente por su productividad corporal. No solo ocurre con la carne, sino que en el poema "13" (1993, p. 29) equipara a los cuerpos lactantes con la imagen de reses produciendo la leche materna:

nos estrujamos
cortadas cosidas rígidas
segregando leche
por los ojos
oídos
hombros
cortadas cosidas dueñas
paradas en el pasillo para siempre

⁴ Las mayúsculas corresponden al poema original.

La sangre y la leche materna son dos de los fluidos abyectos que el cuerpo expulsa y que en esta ocasión conviven. Este es un cuerpo poroso, permeable, al que se le exige producir en el pasillo, no importa si se le explota siempre y cuando pueda fabricar el alimento. Por tanto, la madre queda en un limbo y solo encuentra una continuidad corporal en el tránsito hacia la animalidad; cuando en el parto los límites del cuerpo colapsan, el yo-madre ve su propia existencia y su individualidad mutiladas, pasa a ser un objeto, una hembra-útero dedicada al cuidado. La pérdida de identidad es entonces una pérdida del cuerpo como unidad (Bocutti, 2024, p. 224), que reduce a la madre a un desecho abyecto de sangre y órganos, mientras ella se pregunta por la posibilidad de imaginar otra acción corporal: “me reduzco / en el órgano del agravio / y puedo servir para otra cosa tal vez” (1993, p. 48).

Hasta aquí podemos decir que la maternidad implica en la poesía de María Auxiliadora Álvarez un encuentro con la experiencia del dolor, que se vive como un regreso al cuerpo, lo atrapa y lo presiona (Ahmed, 2014, p. 57). El cuerpo adolorido y lesionado se ha convertido en un amasijo de membranas y de “ombligos femeninamente abiertos” (1993, p. 18), que ha perdido su condición de habitabilidad y ha mutado a una expresión animal, abyecta y destortalada del cálido útero materno que refugiaba a la hija. Así ocurre en el doceavo poema, cuando la madre debe negar la entrada a su cuerpo:

ella me abre las piernas
desde el piso
trata de ascender
y no la dejo que aquí no hay nada
se cerró la puerta
se acabó la casa
ella quiere devolverse
por las tardes
se me para entre los pies
calva y caliente y no entiende
que la aparto
que esa puerta se acabó
que no se puede
entrar ya ni salir
ni decidirla
que ya basta de quirófano y cabeza
por las tardes amorosas y sangrientas
y ella tiene miedo
y quiere hundirse
en el útero de nuevo
en la noche y la comida
en su cuarto pegajoso
entre mis piernas
y no la dejo que ahí no hay nada
se cerró la tarde para la cabeza



no hay sangre
 ni cuchillo que la conduzca
 ni boca de perro que la defienda (1993, p. 28).

Una vez producido el parto, la autora dedica poemas a ese tiempo posterior donde la comunión entre hija y madre se vuelve una negación del útero materno. El poema comienza con la introducción de una tercera persona, una criatura más que, desde el piso y desde su vulnerabilidad prematura, abre las piernas de la madre para recuperar su lugar de concepción; una vuelta al *no ser*, a la composición de la carne. Cuando la autora escribe “por las tardes amorosas y sangrientas” nos situamos en una estructura antitética en la oposición de amor-sangre. La nueva vida y el nuevo amor exigen sangre, a modo de sacrificio, por lo que la devastación es necesaria; la consumición de uno es el nutriente del otro, casi como si la hija llevase a cabo un juego caníbal con la madre. Una vez el cuerpo queda secuestrado por la herida, domina el deseo de impedir de nuevo la intrusión, de colapsar de nuevo en mil pedazos y revivir el dolor: “se cerró la puerta / se acabó la casa”.

La biopolítica y las maternidades precarizadas

En efecto, en la poesía de María Auxiliadora Álvarez la vivencia de la maternidad se encuentra con múltiples expresiones de la abyección y del dolor, que permiten descubrir otras narrativas y miradas del cuerpo gestante. Pero la subalternidad no solo viene dada por la exposición de un imaginario degradado y descarnado, sino que el dolor también encuentra su origen en las relaciones desiguales de poder y en los espacios institucionalizados, porque estos implican el abandono de determinadas vidas y la violencia hacia determinados cuerpos.

Entre las muchas preguntas que plantea el poemario, en el centro se encuentra la cuestión de quién decide sobre el cuerpo. Desde hace unos años el acercamiento a la representación del otro social ha empleado la ya mencionada noción de la biopolítica de los cuerpos. Foucault explica que, a partir del siglo XVIII, cuando se da uso a los términos de “población” y “Estado”, las instituciones de poder advierten nuevas preocupaciones respecto a los fenómenos de la población y van a actuar sobre la vida de los individuos que la conforman, pues es necesario modelar nuevas formas de vida y construir individuos que se adecuen a las necesidades de las nuevas economías basadas en la acumulación y la producción (Foucault, 2007, p. 85). Por ello, el nuevo poder es “un poder destinado a producir fuerzas, a hacerlas crecer y ordenarlas más que a obstaculizarlas, doblegarlas o destruirlas” (2007, p. 165).

Sumado a esto, el cuerpo femenino ha sido históricamente el resultado de la acción de estructuras patriarcales. Los sistemas de dominación han sido fundamentalmente masculinos, tal y como plantea Pierre Bourdieu en su obra *La dominación masculina* (2000), donde vemos la faceta más negativa de la biopolítica: todo mecanismo de poder resulta opresor para las mujeres, toda violencia ejercida sobre ellas es legitimada. Los roles de género han desempeñado un papel fundamental dentro del panorama descrito

con anterioridad a la hora de configurar un modelo de maternidad hegemónica que ha influido indudablemente en el trabajo reproductivo. El patriarcado dicta un orden social, donde el cuerpo también es un producto que puede ser enteramente marcado con cicatriz por las exigencias y las incitaciones de un Estado, donde coexisten diferentes instituciones: medicina, escuela, fábrica, religión, familia, etc.

Cuerpo (1993) recoge a cada verso las muchas violencias que configuran el enfrentamiento del cuerpo gestante con las estructuras dominantes de este siglo, no solo en su relación con el género, sino con la cuestión de clase. Cada paso en el tiempo de gestación y nacimiento revela las múltiples dificultades que surgen en el acceso a un sistema de salud gratuito, en un trato obstétrico digno o en la disciplina sanitaria deshumanizante, entre otros. Así, la exposición del cuerpo conduce a un inevitable sufrimiento o extenuación para aquellos cuerpos que ven negadas unas condiciones materiales favorables para su habitabilidad y para el cuidado de la vida. La negación y la continua vivencia de una esfera de desposesión (Butler, 2006, p. 54), que amenaza al cuerpo con destruirlo, lo convierte en vulnerable.

Ya se había aludido a la idea de una vulnerabilidad inherente que defiende Butler. Sin embargo, que el nivel de exposición a la vulnerabilidad es diferencial, pues depende de las condiciones sociales y políticas en las que se insertan los cuerpos, es una idea que reitera en varias ocasiones María Ayete Gil (2023) en su ensayo. Por esta razón, es posible hablar de precariedad y precaridad, una distinción que establece Butler en *Marcos de guerra: vidas lloradas* (2017, pp. 14-16). Mientras que la precariedad (*precariousness*) es la condición ontológica compartida de vulnerabilidad, la precaridad (*precarity*) se define por el grado diferencial de exposición a dicha vulnerabilidad en función de los dispositivos biopolíticos. Ayete Gil explica que:

Como todas las vidas son precarias (son vulnerables, pueden ser destruidas), la obligación de las instituciones es protegerlas y salvaguardarlas [...]. En el momento en el que los efectos derivados de las decisiones tomadas por esas instituciones suponen un aumento de la peligrosidad y una mayor exposición a la desaparición, aparece la precaridad, «esa condición políticamente inducida en la que ciertas poblaciones adolecen de falta de redes de apoyo sociales y económicas y están diferencialmente expuestas a los daños, a la violencia y a la muerte» (2023, p. 260).

Los recortes en los servicios sanitarios públicos, la ausencia de ayudas sociales, el desabastecimiento en los centros hospitalarios o el alto coste de medicamentos, tratamientos o intervenciones quirúrgicas son varias de las problemáticas que en el contexto venezolano extienden la precarización de manera desigual sometiendo a unos cuerpos a una exposición al riesgo y al dolor en tanto en cuanto las condiciones necesarias para su cuidado y bienestar se han reducido. El cuerpo gestante precarizado somatiza esta explotación y desposesión, que dejan de garantizar el mantenimiento de su vida. Así, la escasez también va a ser una condición que moldea el cuerpo materno, como se ve en el poema que introduce el libro:



hubiera podido reunirlo
 el dinero doctora
 vaca amarga castrada que me agrede
 para tener mejor asistencia
 su ojo más detenido
 si el embarazo durara varios años
 a medida que me hubiera ido inflamando
 cada arcada
 cada pelo que cayese
 cada estría
 lo hubiera ido guardando
 recordando
 su baba

bata blanca sanguinaria
 porque yo trabajo mucho
 vaca baba bata blanca corrosiva que me agrede
 lo hubiera ido reuniendo
 desde niña
 de haber tenido alguna pequeña inflamación
 que lo indicara
 a medida que usted fuera estudiando
 yo lo estuviera contando

abajo
 al centro de mis cuclillas
 donde ahora usted lo busca
 su baba blanca castrada
 no se le hubiera ensuciado
 con mis fragmentos acuosos
 hijo carníbero órgano seminal
 hubiera podido reunido
 el dinero doctora
 porque yo trabajo mucho
 baba amarga vaca blanca (1993, p. 15).

Es el espacio del hospital y de los quirófanos donde se evidencia la pertenencia del yo poético a unas circunstancias de subalternidad que posibilitan el control del cuerpo por la institución médica. Este poema está atravesado por dos ejes: la violencia obstétrica de los centros hospitalarios y la insuficiencia económica para escapar a ella. La pobreza y la escasez obligan al cuerpo femenino a intensificar su jornada laboral, pues la privatización de las instituciones solo conduce a una auto-exploitación. A su vez, el cuerpo gestante se convierte en una materia controlable, explotada y estudiada por la doctora, que le infinge una serie de violencias, lo agrede y amenaza. Cuando los cuidados quedan en manos de

otros durante el embarazo, la figura de la enfermera constituye precisamente la representación de un dispositivo biopolítico. Descrita como una “vaca amarga castrada”, esta procura el control de los procesos biológicos de los sujetos, entre ellos la reproducción, y lo hace doblegando y dañando el cuerpo, desposeyéndolo una vez más de una “mejor asistencia”. La vaca, un animal con una larga tradición simbólica, normalmente en representación de lo fértil, lo nutricio, se convierte ahora en un ser castrado y amargo, que rompe con esa fuente reconstituyente, pues esta vez no sirve para ampliar la producción de vida, sino que amenaza contra ella⁵.

La doctora no va a ser la única representación de un dispositivo biopolítico, sino que vamos a encontrar un amplio repertorio de referentes que asocian el poder y la violencia para integrar una definición de la condición materna en términos de prisión. En el poema “2” (1993, pp. 16-17), por ejemplo, la posición que asume el cuerpo es la de un objeto contable y clasificable sobre el que la institución médica genera una ficha de datos, pues una biopolítica de la población necesita garantizar una organización y un registro de los cuerpos que conforman el sistema. Así, las mujeres embarazadas que acuden al hospital son atendidas mediante un número distintivo “SIETE-DOCE-CINCO” como si se tratara de cuerpos presos en un régimen carcelario o policial. Con la llegada de la hora del control, el doctor queda transformado en cardenal y teniente coronel, en un intento de reunir en una sola figura distintos aparatos ideológicos de poder y dominación: medicina, religión y ejército.

SIETE-DOCE-CINCO

es su número	su náusea	
la nómina		
la ubicación de su abdomen		
ombligos colgantes		
que pasan en fila		
moscas muertas		
masas de carne		
ojos ladeados de perro		
la hora del control		
doctor	cardenal	teniente coronel
las dos p.m.: alcohol		

⁵ De alguna manera, el momento del parto se subvierte en una suerte de sacrificio doble que demanda sangre y órganos. El símbolo de la vaca queda totalmente invertido si atendemos a Chevalier: “De manera general, la vaca, productora de leche, es el símbolo de la tierra nutritiva. [...] La vaca, símbolo de fertilidad, ligada al ciclo agrario, es un tema de origen védico [...].” (1986, p. 521). En el poema ni se asocia la vaca a la madre dadora de vida, ni a la abundancia nutritiva, más bien todo lo contrario: la vaca-doctora como fuente de sacrificio y horror, más cercana a un motivo fúnebre que luminoso. En los versos “vaca baba bata blanca corrosiva que me agrede” no podemos dejar de mencionar el juego sonoro que producen las aliteraciones de la oclusiva bilabial como si esa baba líquida o esos “fragmentos acusos” comenzaran a escucharse y a caer lentamente como un desecho más del poema.



orina
calostro
hedor embarazado
cambian de turno los cuchillos blancos
eviten la transpiración
y las heces

SIETE-DOCE-CINCO	voltéese
una aguja por cada vaso sanguíneo	
luego	
usted deberá guardar las jeringas y sondas de los	
estudiantes entre sus coyunturas para la próxima	
visita	
agáchese	
apriétese	
córtese las uñas de los pies	
las que sepan escribir	
no rayen las paredes	
ni las sábanas	
ni rasguen los colchones con navajas	
para esconder comida	
que se pudre	
que después se llenan de gusanos	
los dedos y los genitales del doctor	
cardenal	
teniente coronel	

Estas instituciones de corrección, vigilancia y control de las sociedades disciplinarias son también objeto de estudio de Foucault. Él explica que determinados instrumentos permiten ejercer intervenciones –físicas y psicológicas– de tipo correctivo con el objetivo de fijar los cuerpos a los aparatos de producción y de regulación establecidos (Foucault, 1999a, p. 248). En ellas, “el control de la sociedad sobre los individuos no se opera simplemente a través de la conciencia o de la ideología, sino que se ejerce en el cuerpo, y con el cuerpo. [...] El cuerpo es una realidad biopolítica; la medicina es una estrategia biopolítica” (1999b, p. 366). En otras palabras, espacios como la escuela o el hospital sujetan a los individuos a instituciones de control y vigilancia para garantizar su adhesión al modelo dominante. Para ello, se hace uso de un poder disciplinario, “cuya función principal es enderezar las conductas a través de la técnica de la disciplina, que torna objeto al individuo para convertirlo en instrumento de su ejercicio y hacer de su cuerpo un cuerpo dócil” (Ayete Gil, 2023, p. 156). La cuestión del control atraviesa el poemario, pero en esta ocasión destacamos un fragmento del poema “3” (1993, p. 18), donde se hace más que evidente el férreo control, sometimiento y autoridad sobre el cuerpo mediante las tecnologías e instrumentos médicos o las grabaciones que cosifican al sujeto femenino:

respondo todos los timbres
grabaciones del hospital
que me requieren: puertas
teléfonos
abajantes de vasos sanitarios
rigurosa lealtad de sus llamadas

frente a ellos
como es debido
cuido mis heridas naturales
como y defeco algodones y membranas
oídos
ombligos femeninamente abiertos
orificios siempre vivos
y la puerta continúa
la grabación del hospital
me contempla satisfecha
como vagina que soy
como herida inteligente

Retomando el poema “2” (1993, pp. 16-17), en el hospital nos encontramos con una espacialidad disciplinada, aséptica y despojada de cualquier afecto o cuidado, un lugar constituido por una sucesión de filas de “ombligos colgantes”, cada uno nombrado mediante un número. Las metáforas metonímicas empleadas cosifican el cuerpo materno, lo confinan a una subjetividad anulada, a meros objetos productivos y beneficiosos para la natalidad, que la biopolítica controla, gestiona y administra. Por un lado, este carácter cosificado que niega la condición de cuerpo viviente se enfatiza mediante el empleo del campo semántico de la carne y la descomposición (“ombligos colgantes”, “moscas muertas” y “masas de carne”), transformando el cuerpo en puro material. Por otro, el proceso de examinación del cuerpo gestante se transforma en una suerte de disciplinamiento mediado por órdenes “voltéese” “agáchese” “apriétese” “córtese las uñas de los pies”. De hecho, se pone en evidencia que los únicos cuidados que procura el personal sanitario están dirigidos a mantener la integridad corporal y el bienestar del doctor, ya que se les pide a las mujeres que no coman en las salas de parto para evitar que se le llenen de gusanos los dedos. Por tanto, el cuerpo queda en un estado de indefensión y abandono ante las distintas violencias del control médico, por lo que la obra también expresa el drama de aquellas maternidades que constatan que, afuera del cuerpo, el espacio exterior tampoco puede constituirse como morada. No hay alivio posible al dolor ni posibilidad de reconciliación con la labor reproductiva.

Grito y balbuceo: poéticas del desgarro

No cabe duda de que la puesta en valor de la lectura de *Cuerpo* (1993) no viene dada únicamente por su elaboración de imágenes, sino que la misma escritura poética adquiere



una significación fundamental en tanto en cuanto el lenguaje conforma igualmente un *corpus* o cuerpo desgarrado. A lo largo de los poemas que hemos ido utilizando para la lectura crítica de una actualización del imaginario del cuerpo materno, se puede observar la potencia de la voz poética y la presencia de unas estrategias y recursos formales muy particulares. Como hemos visto, la maternidad representada en el poemario es una experiencia que el sujeto femenino asume desde la vulnerabilidad y el dolor. No solo eso, sino que el proceso de maternar abre la carne para descubrir un cuerpo parlante, el cual emplea el lenguaje en una suerte de grito poético que hace estallar a la escritura, subvirtiendo el silencio histórico en que se hundió el sufrimiento y la herida corporal en el acto de maternar.

De acuerdo con Gayatri Spivak y su famoso artículo “¿Puede hablar el subalterno?” (2003), el sujeto subalterno no puede hablar porque carece de un lugar de enunciación que lo permita, no habla porque no forma parte del discurso dominante. En los poemas de *Cuerpo* (1993), nos damos cuenta de que, en los espacios institucionales, donde se ejerce la violencia, resulta inaudible la voz subalterna, de modo que las imágenes que dibujan a los sujetos femeninos quedan rodeadas por un mutismo, pues nadie los interroga, simplemente les lanzan órdenes. Sin embargo, el texto logra levantarse del plano metafórico y formula un discurso donde los usos poéticos del lenguaje rescatan la voz de la madre subalterna y la elevan al poder del grito y el quiebre absoluto. La propia autora lo expresa en una entrevista: “en mi poesía todo está quebrado, menos los pájaros” (Ballester Pardo, 2024, p. 187).

La madre es un sujeto solo posible en atravesamiento de su cuerpo y de su lenguaje, traducidos en el dolor del “filo de los machetes”, “las culebras del río” y del baile “en un charco de sangre querida” (1993, p. 19). Ya Kristeva señaló la división corporal de la madre y la vinculó al ámbito lingüístico: “una madre es una partición permanente, una división de la propia carne. Y por tanto una división del lenguaje: desde siempre” (1987, p. 224). Es decir, la maternidad permite pensar la corporeidad como configuración de un espacio –un lugar inhóspito, roto, desordenado y asfixiante– y al mismo tiempo de una expresión de un lenguaje que pueda traducir la experiencia del desgarro.

¿Cómo es entonces la palabra de un cuerpo materno subalterno? La experiencia grabada en el cuerpo deviene literatura en cuanto uno se deja afectar por el otro. A través del cuerpo la voz poética puede experimentarse a sí misma, ya que “buscar unas palabras que hablen del cuerpo y desde el cuerpo es buscar una gramática, ir más adentro en esa profundidad de la carne, de la materialidad desde donde puede salir la escritura” (Rendón Abrahamson, 2022, p. 116). En este sentido, la escritura se vuelve un fluir vital, con los movimientos, escisiones y espasmos que exige el dar vida a otro cuerpo. La poética de *Cuerpo* (1993) es la pura expresión de un lenguaje que busca nombrar la vulnerabilidad, el fluido, el dolor, el ser animal.

Comprendido el desplazamiento del cuerpo hacia el lenguaje, por medio de los encabalgamientos abruptos es posible la recreación de un cuerpo resquebrajado. La disposición versal acumula en los treinta y un poemas la correspondencia entre la

dimensión material del cuerpo mutilado y los versos fragmentados a través del uso del encabalgamiento. Si volvemos sobre el primer poema, encontramos el noveno verso “cada pelo que cayese” que queda desplazado y alejado de todos los versos anteriores en apariencia del mismo pelo caído, o más adelante el verso “su baba” irrumpen en la verticalidad del poema con el objetivo de que el lenguaje caiga, chorree y manche el texto. Son estos encabalgamientos espasmódicos y caóticos los que van fracturando el esqueleto poético, inciden de manera decisiva y concluyente en la expresión de un sentimiento adolorido que confirma en la voz poética una nueva condición, y que parece no tener fin.

Un tono de cansancio y de dolor contenidos va enlazando los versos, sin apenas signos de puntuación, y envolviéndonos en un ritmo que imprime la sensación balbuceo. La lengua se va deshaciendo a medida que el cuerpo va expulsando todo lo que ha acumulado durante meses, los fluidos van cayendo verso a verso, las moscas muertas revolotean en los espacios en blanco, los ombligos colgantes se tambalean al final de la palabra. La sintaxis descomponen su linealidad gracias al predominio del arte menor, hasta el punto de resultar en versos que rozan el monosílabo:

lo expulsa
azul
mucoso
adherido se lleva el hígado de una
el páncreas
la caja torácica
el calcio
el oxígeno (1993, p. 31).

Si leemos el poema “14” (1993, p. 30), parece distribuirse en dos columnas paralelas que fragmentan la lectura; los versos “y el horno de quiénes son estos miembros/ que cuelgan/ que se están/ que rigurosos se regeneran” repiten el desplazamiento; ya no son solo los miembros los que cuelgan, sino que el propio lenguaje parece tropezar y desligarse. También se puede percibir la reiteración como un reflejo de esa sucesión de cambios que marcan el cuerpo una y otra vez. Las repeticiones logran hilvanar un lenguaje donde el dolor y la vulnerabilidad se fijan como una psicosis corporal, un grito reiterativo que en el texto se vuelve una pulsión. La necesidad de enfatizar la lesión inunda los versos y resalta eso que le sucede al cuerpo. Además, ahora se producen varios encabalgamientos suaves que rompen con la sintaxis; no se continúa la perífrasis verbal (“que se están”), sino que la oración queda suspendida, como una voz entrecortada o desmayada. De la misma manera que el lenguaje se corporaliza, el cuerpo también se materializa en un texto legible; en estos poemas, la capacidad de acción del cuerpo puede lograrse en una estrategia textual y discursiva.



Conclusiones

Como se ha ido viendo, la poesía de María Auxiliadora Álvarez nos sumerge en una exploración visceral y desgarradora de la maternidad para dejar atrás los imaginarios hegemónicos que la presentan como un estado idílico y placentero. A través de un lenguaje fragmentado, crudo y profundamente corporal, su obra da voz a una experiencia materna marcada por el dolor, la precariedad y la subalternidad. Esta actualización del imaginario de lo materno pone en el centro las diferentes afecciones que marcan el cuerpo gestante, así como las relaciones de poder que caracterizan a la condición del yo-madre. En esta línea, la configuración de espacios institucionalizados en el poemario desvela la dimensión biopolítica de la gestación y el parto, ya que se hace visible el repertorio de dispositivos e instrumentos mediante el cual las estructuras de poder, vinculadas a la salud, imponen un control sobre los cuerpos gestantes, especialmente aquellos situados en condiciones de precariedad y vulnerabilidad económica y social. En este contexto, la maternidad no se percibe como un acto de plenitud, sino como un proceso de desgaste en el que el cuerpo materno se desgarra, se descompone y se animaliza.

Con ello, la escritura de *Cuerpo* (1993) pone sobre el papel una realidad desgarradora e infrarrepresentada en la literatura dominante. Su poética logra aproximarse a la realidad del sufrimiento, la lesión y el trauma que rompe y transforma la corporalidad, incluso permite pensar en las tensiones que ello produce en la relación entre el yo-madre y el hijo. Entre el cuerpo y la escritura, la voz poética de una madre subalterna incorpora los espacios abyectos de lo corporal, como elementos centrales para el despliegue de afectos, fluidos, movimientos y sensaciones que amplían las formas de representación de las maternidades. Esta poesía se presenta como una propuesta que pretende crear sentido y trastocar el lenguaje, abriendo vías de escritura y de representación posibles para las maternidades. Frente a la idea de la reproducción como “realización de la mujer”, *Cuerpo* (1993) ofrece un punto de vista interno que estalla y sangra en un aullido de dolor.

Referencias

- Ahmed, S. (2014). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones y Estudios de Género.
- Álvarez, M. A. (1993). *Cuerpo / Ca(z)a*. Fundarte.
- Álvarez Mora, B. (2013). La maternidad: entre la decisión individual y/o la obligatoriedad social. En C. López Matheu, J. Bestard J. y D. Marre, *Maternidades, procreación y crianza en transformación* (pp. 219-243). Editorial Bellaterra.
- Ayete Gil, M. (2023). *Ideología, poder y cuerpo. La novela política contemporánea*. Editorial Bellaterra.
- Beauvoir, S. (2016). *El segundo sexo*. Cátedra.
- Ballester Pardo, I. (2024). Entrevista a María Auxiliadora Álvarez. *Mitologías hoy*, 31, 183-194.
<https://revistes.uab.cat/mitologias/article/view/v31-ballerter-pardo>
- Bocutti, A. (2024). Corporalidades monstruosas y narraciones caníbales en la literatura argentina del siglo XXI: Nación vacuna, de Fernanda García Lao y Cadáver exquisito, de Agustina Bazterrica. En F. Bustamante Escalona y L. Amaro Castro (eds.), *Carto(corpo)grafías. Nuevo reparto de las voces en la narrativa de autoras latinoamericanas del siglo XXI* (pp. 209-239). Iberoamericana / Vervuert.

- Bogino Larrambeber M. (2020). Maternidades en tensión. Entre la maternidad hegemónica, otras maternidades y no-maternidades. *Investigaciones Feministas*, 11(1), 9-20. <https://doi.org/10.5209/infe.64007>
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Paidós.
- Butler, J. (2017). *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. Paidós.
- Concha, Á. de la y Osborne R. (2004). *Las mujeres y los niños primero. Discursos de la maternidad*. Icaria.
- Chakravorty Spivak, G. (2003). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 297-364. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1244>
- Chevalier, J. (1986). *Diccionario de los símbolos*. Editorial Herder.
- Di Leone, L. (2019). La poesía contemporánea latinoamericana: por una economía del cuerpo y la lengua materna. *El jardín de los poetas*, (4), 92-102. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/eljardindelospoetas/article/view/3499>
- Fernández Martínez, S. (2024). Representaciones del cuerpo gestante: maternidad y dolor en la última poesía española (2001-2020). *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica*, 33, 447-469. <https://doi.org/10.5944/signa.vol33.2024.36581>
- Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad del saber*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1999a). *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre desviación y dominación*. Ediciones de La Piqueta.
- Foucault, M. (1999b). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid
- Garbayo-Maeztu, M. (2018). Maternidad, arte y precariedad: estrategias desde la vulnerabilidad. *Arte y Políticas de Identidad*, 19, 67-82. <https://doi.org/10.6018/reapi.359781>
- Gutman, L. (2015). *La maternidad y el encuentro con la propia sombra*. Penguin Random House.
- Kristeva, J. (1987). *Historias de amor* (A. Ramos Martín, trad.). Siglo XXI.
- Kristeva, J. (1995). El tiempo de las mujeres (I. Vericat, trad.). *Debate Feminista*, 11, 343-365. https://debatefeminista.cieg.unam.mx/index.php/debate_feminista/article/view/1842
- Kristeva, J. (2006). *Poderes de la perversión. Ensayo sobre Louis-Ferdinand Céline* (N. Rosa y V. Ackerman, trads.). Siglo XXI.
- Moreno, I. (ed.). (2024). *Maternidad. Antología poética*. Editorial Renacimiento.
- Palomar Verea, C. (2004). "Malas madres": la construcción social de la maternidad. *Debate Feminista*, 30, 12-34. https://debatefeminista.cieg.unam.mx/index.php/debate_feminista/article/view/1046
- Palomar Verea, C. (2005). Maternidad: historia y cultura. *La ventana. Revista de estudios de género*, 3(22), 35-67. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-94362005000200035&lng=es&tlng=es
- Rendón Abrahamson J. (2022). La gramática del cuerpo: dolor, placer y maternidad en Sanguínea. *Kipus: Revista Andina De Letras Y Estudios Culturales*, (51), 113-128. <https://doi.org/10.32719/13900102.2022.51.7>
- Sánchez Rivera, M. (2016). Construcción social de la maternidad: el papel de las mujeres en la sociedad. *Opción*, 32(13), 921-953. <https://produccioncientificaluz.org/index.php/opcion/article/view/21631>
- Segato, R. L. (2008). La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez: territorio, soberanía y crímenes de segundo estado. *Debate Feminista*, 37, 78-102. <http://www.jstor.org/stable/42625512>
- Torras, M. (ed.). (2009). *El poder del cuerpo. Antología de poesía femenina contemporánea*. Castalia.